

El sabio Nárada y su vina

Hace miles de años, en las llanuras y montañas de la antigua India, el Señor Vishnu caminó sobre la tierra, encarnado en la forma de Shri Krishna. Era la encarnación del amor divino y la sabiduría, restaurador del *dharma* y el maestro del yoga.

Uno de los devotos y sirvientes dedicados del Señor Vishnu era Nárada Muni. Nárada era un sabio y músico celestial, y el más consumado ejecutante de vina de su tiempo. Se dice que cuando él tocaba su vina, uno podía oír la música del cosmos. Se le conocía también como un sabio que poseía muchas *siddhis* o poderes mágicos. Nárada tenía un enorme amor por el Señor Vishnu, de hecho, pensaba que podría ser el devoto más fiel del Señor.

Y aun con toda su grandeza, el sabio Nárada tenía todavía que aprender una lección.

Un día el Señor Krishna, que estaba por contraer matrimonio, invitó a Nárada a tocar la vina en su boda.

Nárada estaba muy honrado por esta invitación y dijo que sí de inmediato, aunque se sorprendió un poco al escuchar dónde iba a tener lugar la boda: en una aldea remota en las estribaciones de los Himalayas, lejos de cualquier ciudad o palacio. Y cuando el sabio llegó a la aldea, pensó que había llegado al lugar equivocado, de tan pequeña y sencilla que era. Pero había linternas colgadas de los árboles y podía escuchar un sonido de música a lo lejos.

Un grupo de niños fue corriendo hacia Nárada y exclamó que la hija de su jefe se iba a casar con el gran Señor Krishna ese mismo día. Los niños condujeron a Nárada a la choza donde el Señor Krishna se quedaba.

–Nárada, ¡qué bueno que viniste! –dijo el Señor Krishna.

–Me siento muy honrado de haber sido invitado –dijo Nárada, aunque se preguntaba para sí qué estaban haciendo él y el Señor Krishna en semejante lugar.

–Ven, debes conocer a la familia –dijo el Señor Krishna. Procedió a presentarle todos los aldeanos a Nárada, como si fueran de la más noble realeza.

La ceremonia empezó poco después. Al Señor Krishna y a su novia les pusieron guirnaldas de flores silvestres. Los aldeanos estaban alrededor de la pareja, llevando comida, flores y regalos sencillos. Luego hubo banquetes y bailes, cantos y juegos. La celebración duró hasta entrada la noche. El aire estaba lleno de risa y amor, y de notas de dulce música.

Sin embargo, Nárada se sentía muy distante de todo. Aunque había recibido la más respetuosa de las bienvenidas, la gente del bosque le parecía tosca y ruidosa. Sus costumbres y ceremonias eran extrañas. Así que cuando el Señor Krishna lo invitó a tocar para los invitados de la boda, Nárada dijo que estaba cansado. De seguro, pensó, su ejecución sería demasiado sofisticada para semejante reunión.

El Señor Krishna vio más allá del pretexto de Nárada. Se volvió hacia los demás invitados:

–¿Hay alguien que pueda tocar la vina? –preguntó.

Un invitado –un tío de la novia –levantó la mano. Era un hombre grande y pesado, con las manos maltratadas por el trabajo y las uñas rotas.

–Dale tu vina –le dijo el Señor Krishna a Nárada.

Nárada miró al Señor Krishna con incredulidad:

–Mi vina es demasiado delicada para él. La va a arruinar –susurró.

–Dale tu vina –repitió el Señor Krishna.

De mala gana, Nárada hizo lo que el Señor pedía.

El hombre recibió la vina con gran reverencia, con las palmas hacia arriba. Lenta y cuidadosamente, levantó la vina hasta su frente y le ofreció un *pranam*. Nunca había visto un instrumento tan fino. Le dio a Nárada una sonrisa cálida, y se sentó en una roca cercana a tocar.

Usando las yemas de los dedos, para que sus uñas no tocaran la vina, empezó a pulsarla. Nárada no estaba complacido: ¡así *no* era como uno debía tocar! No podía soportar escucharlo, así que se retiró un poco. No advirtió que los otros invitados de la boda habían quedado en silencio...

El hombre cantaba el nombre del Señor. Sus ojos estaban cerrados, su cuerpo se mecía, y él producía un hermoso sonido, lleno de amor y anhelo. Era como si él, su voz y el instrumento fueran uno. El Señor Krishna escuchaba con amorosa atención.

El hombre siguió y siguió cantando, con una voz tan llena de devoción que los demás invitados se conmovieron hasta las lágrimas. Su música hacía que el aire fulgurara. Tocaba incluso las partículas de la roca en que estaba sentado. La roca empezó a reblandecerse y a fundirse.

Finalmente, el canto llegó a su fin. Los invitados se sentaron en silencio hasta que las últimas notas se desvanecieron en el aire de la noche. Se quedaron en esa quietud por unos momentos, y luego el hombre se levantó y se inclinó ante el Señor Krishna, ante su novia, y luego ante todos. No pudo ver a Nárada, así que dejó la vina cuidadosamente sobre la roca, y caminó en silencio hacia las sombras.

–Nárada –llamó el Señor Krishna–. Puedes ahora recoger tu vina.

Nárada apareció, pero en los pocos momentos transcurridos desde que el hombre había dejado de cantar, la roca se había vuelto a endurecer. La vina estaba atorada.

El Señor Krishna observaba de cerca, con una sonrisa enigmática en su rostro:

–Bueno, Nárada –dijo–, ¿qué pasa ahora?

Nárada tiraba de la vina, pero no podía moverla. La gente que lo rodeaba comenzó a reír. Allí estaba ese gran sabio renombrado, con todas sus *siddhis* extraordinarias, ¡y no podía siquiera levantar su vina de una roca! Nárada se sintió abochornado.

–No entiendo lo que pasó –dijo, con ojos desmesurados y suplicantes.

El Señor Krishna dijo:

–Nárada, ¿por qué no cantas *tú* ahora, para que la piedra se vuelva a fundir y puedas liberar tu vina?

Entonces Nárada empezó a cantar, pero estaba ardiendo de orgullo y de vergüenza y no podía concentrarse ni sentir amor. La roca seguía dura; la vina, atorada. Finalmente, admitió su derrota.

–Si quieres tu vina, tendrás que pedirle a tu hermano que toque otra vez –dijo Krishna suavemente.

Nárada fue a buscar al otro músico:

–Tú puedes hacer algo que yo no pude –dijo humildemente– . Tu canto puede fundir la piedra. Por favor, si tú quieres, canta de nuevo y libera mi vina.

Así que el hombre regresó y comenzó a cantar. Una vez más, su voz llevaba el amor que sentía por el Señor, y fundió el corazón de los escuchas así como la dura roca.

Nárada se sentó cerca, observándolo.

Esta vez, Nárada escuchó la devoción en la voz del hombre. Vio el amor en su rostro y la belleza en los movimientos de sus manos.

Nárada miró alrededor todas las otras caras a la luz del fuego: la gente que le había parecido rara y poco refinada. En todos ellos podía ver también la luz de Dios.

Sintió una inmensa gratitud brotando dentro de él. Lágrimas corrieron por sus mejillas y se sintió lleno de amor: por el Señor Krishna, por el hombre que había tocado su vina, por la gente del pueblo, por sí mismo, por el bosque y la montaña y el firmamento.

A partir de ese día, Nárada tuvo un mayor entendimiento de lo que significa cantar el nombre de Dios con amor y devoción. Procedió a enseñar que cuando el amor puro se experimenta, un buscador ve al Señor en todas partes. Nárada compuso un gran texto para compartir sus enseñanzas: el *Narada Bhakti Sutra*.

El sabio Nárada dice:

“El sendero de la devoción es el camino más fácil para alcanzar a Dios.”

Sutra 58

Aquí termina la historia titulada “El sabio Nárada y su vina.”

Versión de Margaret Simpson

Diseño de cubierta de Jayashree Korula y Soniya Esquivel Salinas

Diseño de Shabnam Labra

